Ser el hielo

Ada Blackjack existió. Ada Delutuk también. Y podría decirse que fueron la misma persona, pero también que fueron dos personas diferentes. Porque la primera llevaba un apellido de hombre blanco o al menos mestizo, el que fuera su marido, y la segunda su apellido iñupiat, y hace un siglo en el norte del norte eso significaba llevar una doble vida. O tal vez, sin exagerar, tener que elegir entre una y otra, enterrar la que ya no se desea. En *El hielo de los suyos* (la primera novela de Montse Sánchez Alonso, publicada por Tránsito), Blackjack es el anhelo de pertenecer a la tribu de los que mandan, los colonos; es tener un solo Dios, es cocinar el pescado y la carne, es calentarse con una estufa de leña y es por lo tanto abandonar todo lo que tu gente hacía. Delutuk es honrar a los animales y a la tierra, o al hielo, porque puede que no sean dioses pero tienen mucho poder y sin ellos no se es nada; es comer pescado y carne crudos, es calentarse con una lámpara de aceite animal y estar, por tanto, en contacto con todo lo que ha hecho a tu pueblo existir hasta ahora.

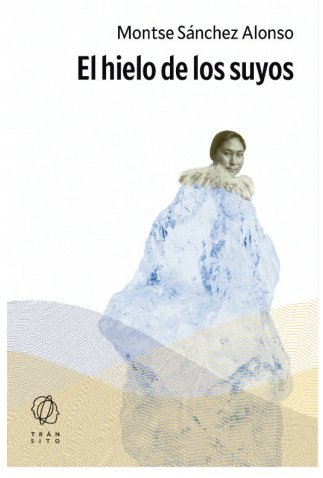
Ada existió y fue, aunque costó que se reconociera, la primera mujer que formó parte de una expedición allá a los confines helados, en la isla de Wrangle. Y fue la única que sobrevivió de ese grupo. Iba para un año y estuvo dos, y casi todo el tiempo estuvo sola porque sus blancos compañeros de viaje, en fin, no supieron planear muy bien la historia por la que pensaban pasar a la Historia. Tres desaparecieron en una jornada de caza y el cuarto, que ya estaba tocado por el escorbuto, murió en la cabaña que compartían. Allá se quedó la joven Ada Blackjack, que se había embarcado en la aventura por los cincuenta dólares mensuales prometidos –con los que podría llevar a su hijo a un sitio donde le curaran la tuberculosis–, y allá empezó la transformación.

Se resistió mucho, narra Sánchez Alonso. Su madre la había trasplantado de niña a una casa de colonos y la había obligado a abandonar idioma y costumbres para poder pertenecer a un grupo social al que, la verdad, jamás podrían llegar a pertenecer (no

El hielo de los suyos es la primera novela de Montse Sánchez Alonso

eran blancas). Una sola palabra en iñupiat merecía castigo y eso se graba a fuego. Así que, aunque para resistir a 40 grados bajo cero, sin luz solar y sin fruta ni verdura, todos saben que lo mejor es comer en plan *sushi* o *carpaccio*, ella se niega: quiere seguir siendo la chica educada al estilo de los que mandan.

Pero el tiempo pasa y la soledad en el hielo enseña que lo que se tacha de involución o de atraso no es más que conocimiento del medio. Y Blackjack va desapareciendo para dar paso a Delutuk. Blackjack muere para que renazca Delutuk. Para que pueda interpretar los sonidos ahí afuera, caminar sobre el hielo que se mueve y no caer al agua que respira debajo –"caminar al unísono"–, cazar y sobrevivir. Y volver a casa, con su hijo.



Como el Ártico pare noches eternas e *icebergs* en un ciclo que parecía que no iba a romperse nunca, pare también supervivientes como Ada. Y el hielo habla, al menos lo hace en este libro: es tan personaje como el resto. Puede que más importante, porque los demás pasan, pero el hielo permanece (o lo hacía).

E. S.